

VALLÉS

GRANOLLERS, 15 Enero 1977 - N.º 2258 - Año XXXVII

Director: Juan Pardo Gil
Redactor-Jefe: Francisco MORA
Compagina: Ramón Vidal
Redacción y Administración: PLAZA PERPINA, n.º 8
Administración: Tel. 870 65 33 Redacción: Tel. 870 65 34
Depósito Legal: B-1543 - 1960
Impreso en: DYDGRAF Industria Gráfica
EDITA RED CATALANA DE PRENSA

Ha muerto un gran Catalán

La muerte de Josep Pallach, ha sido la noticia que ha conmocionado a Cataluña esta semana que ahora termina. El líder del Partit Socialista de Catalunya (Ex-Reagrupament) era un hombre que gozaba de respeto y aprecio en todos los ambientes políticos del país, tanto por su talante serio y sensato como por su reconocida honestidad, tanto política como personal. De aquí, de esas dos honestidades, no siempre, por desgracia, unidas en el mismo hombre, que Josep Pallach fuera un extraordinario compendio de catalanidad. Pallach era simple y llanamente un gran catalán. Por eso, porque en su profunda humanidad estaban resumidas las mejores virtudes del hombre catalán es por lo que su muerte, repentina y segadora en el peor momento, de tantas ilusiones amasadas con sufrimientos y sudores, ha proporcionado un gran sentimiento de dolor a todos cuantos conocíamos su lucha, lucha por otra parte abierta, consciente y clara como el agua clara de los regatos de su Ampurdá, en cuyo seno encontró sepultura el miércoles por la tarde.

Alguien pronunció una frase que hizo fortuna: «Quitarle dramatismo a la situación política de España». Ese alguien es hoy el presidente de un Gobierno que parece claro también que busca por mil y uno caminos y rincones la democratización del país. Pero hasta el pasado martes, precisamente en la sede del Partit Socialista de Catalunya de la calle Canuda barcelonesa, no habíamos comprendido con exactitud que tal concepto podría llegar a ser más, mucho más que una frase. Ante el cadáver del líder del Partit, vimos como pasaban hombres y mujeres de las más diversas significaciones políticas, con la congoja de quien sabe que ha perdido un amigo, un amigo personal —que amigos fueron todos quienes le conocieron y trataron— aunque en muchos casos también el extinto hubiera sido adversario político. Desde el bueno de Jaume Casanovas, con su Socialdemocracia revoloteándole entre los picos de su corbata de lazo, hasta el presidente de la Diputación y el propio gobernador civil. En todos los rostros la impresión evidente del trallazo que la súbita tragedia había producido en todos también. Parecía imposible que aquel gran luchador, aquel hombre fuerte, de aspecto roqueño, de amplia y generosa sonrisa y gesto conciliador, siempre también, pudiera haber sido abatido por un chispazo inclemente de su ancho corazón. Quizá Pallach no podía morir de otra manera, que a fuerza de corazón, porque él era todo corazón.

No había el martes, ante el cuerpo yacente de Pallach, enemigos políticos, no había ni tan siquiera nobles adversarios en el campo de las ideas. Había solamente amigos, hombres y mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, que sentían el dolor que el despropósito de la muerte del político que tanta falta le hacía a la conciliación y claridad política en «su» Catalunya, significaba.

Y ese podría ser el gran triunfo de Josep Pallach. Haber hecho su último servicio a la tierra que amó tanto, haciendo buena la frase: «quitarle dramatismo a la política del país». Claro que para que esa circunstancia pudiera darse, primero hubo de sembrar durante muchos años la semilla de su personalidad profundamente humana, en su paso por esta tierra, en cuya entraña ha entrado ya para formar, para siempre jamás, parte de ella misma.

Descanse en paz un hombre bueno, un político honesto y sobre y por encima de todo un gran catalán.
FRANCISCO MORA